

preguntado á la naturaleza lo que fueron á aprender de la imaginacion; si hubieran seguido estos pasos sencillos sin prendarse de lo raro, hubieran visto á las sociedades domésticas salir formadas como los nuevos enjambres, estenderse en pueblos, formarse las provincias, organizarse los reinos, poblarse á fuerza de colonias todo el orbe. La historia le hubiera enseñado esta formacion, interrumpida muchas veces por las pasiones de los hombres, pero nunca tan desfigurada, que sea necesario soñar para encontrarla. Pero esto no es aun de este lugar: basta haberlo indicado, ínterin formada la mole material de la *sociedad doméstica*, suponiendo que no existe mas de una, reflexionamos sobre ella, antes de elevarnos á la *sociedad civil*.

Siguiendo pues la alegoría que nos propusimos al principio, figúrese vmd. por un instante, que puesta cada pieza en su lugar, y armado nuevamente el reloj, entra un sencillo labrador; ó imaginemos que caminando por el campo, tropieza con él. ¿ No sería la primera pregunta quién habrá hecho esto? ¿ Le persuadiríamos, por mas que nos empeñásemos en deslumbrarle, á que cada pieza vino por sí misma á unirse con las otras? El convenio mútuo de ellas, nos diria, aun cuando las reuniera despues de hechas, ¿ cómo habia de formarlas tan acomodadas entre sí antes que existieran, y pudieran convenir en el plan del todo que forman tan exactamente? No: una máquina tan complicada, tan ordenada en sus partes, supone necesariamente autor que la trazase antes, y la trabajase despues con arreglo á la idea que formó en su mente. ¿ No se caen por su peso estas reflexiones de la vista sola de su estructura material?... Digámosle que es un reloj, y que lo hace un artífice que se llama relojero. ¿ Y para qué es eso, preguntará á renglón seguido. Si le contestamos que para señalar y dar las horas, ¿ no conocerá desde luego que le falta aun algo que lo mueva y anime con su movimiento? Hé aquí pues el hilo que vamos siguiendo. La consideración sencilla de los elementos de la sociedad doméstica, sus relaciones, sus inclinaciones mútuas, nos han hecho ver un orden incompatible con el caos que suponen los filósofos; que su construccion material no puede ser obra

del convenio mútuo de las partes; que cada una en particular, y todas en comun, están publicando una causa eficiente algo mas diestra, y aun interesada en favor del hombre con preferencia á los otros animales. ¿Cuál es esta? Lláménla como quieran esos señores; yo, amigo mio, con hacerla conceder, tengo bastante por ahora. Su existencia sola es una fuente de luz de donde nacen; una base donde descansan; una arca de donde no pueden salir los conocimientos sociales, sin que dé en tierra todo el edificio. Si la sociedad doméstica existe, si existe producida por una causa anterior á ella, es indispensable que exista para algun fin que determine á esta á producirla, y sirviese de blanco á sus tareas; es indispensable que con arreglo á este fin la haya dotado de cuanto necesita para llenarle: es indispensable que con relacion á su fin y á sus funciones le haya concedido una existencia, un ser, unas fuerzas, una duracion, unos socorros, sin los cuales dejaria de ser, de obrar y servir en aquello á que la tiene destinada. Si el autor que formó al hombre, formó tambien su carácter social, en vano buscaremos en los pactos las bases fundamentales de un plan anterior á todos ellos: en vano fiamos al capricho de la criatura un fin, que fijó, un ser que la comunicó, unas fuerzas y funciones que depositó en su seno el Criador. Al inspirar sobre su rostro el soplo de vida, que debia animar aquella estatua de barro, no le comunicó como á los animales lo necesario únicamente para nutrirse y conservarse; no le sujetó á seguir ciegameute leyes y fines desconocidos; no le limitó á un instinto, que aprendiese el fin sin discernimiento de los medios; le dió luz para conocer los fines; extendió esta al conocimiento de los medios: contento con fijar aquellos, dejó á su arbitrio la decision de estos. Y vea vmd. aquí, amigo mio, el punto donde despliega el hombre su carácter racional, libre, social, con todo el lleno de luz que necesitaba esta materia. Partes ordenadas mútuamente tienen los vegetales; diferencia de sexos, amor y cuidado de sus hijos tienen los brutos, y mas vivos que el hombre muchos de ellos; casas edifican los castores; en union y orden admirable viven las hormigas, las abejas, las cigüeñas, los mo-

nos.... ¿ Qué les falta pues para ser sociales ? ¿ Porqué los mismos caracteres y aun mas expresos, no prueban aquí lo que probaban poco hace ?.... Porque el verdadero filósofo no atiende á la corteza de la obra, sino á la raiz, al modo diverso con que se ejecuta. Todos los séres se propagan ; pero ¿ qué enorme diferencia no media entre la formacion de los minerales, y la propagacion de las plantas ?.... ¿ Qué distancia entre los asomos de sexo que se vislumbran en el reino vegetal, y la perfeccion con que se dejan ver en la especie mas infima de los sensitivos ? Compárense los sentimientos mas perfectos de estos con la conducta del hombre, y hasta sus extravíos mismos nos harán conocer que la naturaleza, que caminaba por grados dentro de cada reino, se remonta de cuando en cuando, y cortando la cadena, nos pone á la vista rasgos no solo superiores, sino distintos enteramente de los anteriores. La vegetacion en los animales denota claramente la dependencia que tiene del orden sensitivo; ambas en el hombre ofrecen infinitos rasgos, que indican un ser superior á quien están unidas ; y vea vmd. aquí toda la eficacia de un argumento que conoce el verdadero físico, y desconocen los que se glorían de serlo, para abusar de unos conocimientos que debían sacarlos de su error, si se hallaran en estado de conocerle. El hombre vive con su consorte, con sus hijos, con sus domésticos ; pero con un conocimiento mútuo, con una libertad, con un amor recíproco, que es la raiz verdadera de su carácter social. La sociedad requiere varios individuos capaces de unirse no en una casa, ó rebaño, ó colmena ; no en un fin y medios desconocidos ; no en un fin y medios aprendidos necesariamente y ejecutados por instinto, sino en un fin, conocido como tal, poseído ó procurado racional y libremente por medios conducentes á él ; pero sin pacto ó convenio alguno sobre el fin y los medios, sino en un conocimiento, en unos auxilios recíprocos, mútuos. Y vea vmd. como el lenguaje ó manifestacion de nuestras ideas es indispensable en toda sociedad, y aun por eso cortó aquí su union el señor en la famosa torre de Babel. Tenemos pues que el convencimiento y convenio recíproco de muchos seres racionales ó intelectuales, en la

procuracion de un fin y medios ya señalados en general por otra causa, es propiamente el alma, para explicarme así, de aquella mole material que habíamos formado hasta aquí. Antes de continuar nuestra obra, debo advertir á vmd. aquí una equivocacion sumamente trascendental en lo sucesivo. El convenio recíproco de que acabamos de hablar es causa de la sociedad : en esto convenimos todos. Pero va notable diferencia de ser causa *formal* á ser causa *eficiente*; y vea vmd. aquí el enredo. La causa *formal* determina la materia, constituye al sugeto, brota como raiz sus propiedades, sus fuerzas, cuanto es consiguiente al ser ó clase á que corresponde ; pero ni prepara la materia, ni se causa á sí misma, ni determina los fines, ni establece las leyes de sus operaciones, ni aumenta ó disminuye sus fuerzas como hace la *eficiente*. La gravedad ó el resorte, por ejemplo, animan la máquina del reloj, pero la fábrica de él, la combinacion, las reglas penden del artífice, que es su causa eficiente. El alma del hombre es su causa formal ; pero su formacion, sus potencias y leyes, nacen de otra causa superior á quien el alma obedece. Entendamos bien esto, señor don Simplicio : el hombre puede hacer ciertos convenios donde la libertad y el consentimiento mútuo sea no solo causa formal, sino eficiente ; y tales son los contratos y asociaciones de comercio, ligas, alianzas, etc.; pero estos no pueden extenderse á toda la naturaleza, son incapaces de ligarla ó imprimir en ella lazos ó leyes, unidos intrínsecamente á su esencia : son, para explicarme así, unos artefactos morales, que imitan pero no igualan, modifican pero no llegan jamas á la obra de la naturaleza : en estos la voluntad libre de los contrayentes determina el fin, y se prescribe leyes á sí misma ; en los naturales sigue los fines y medios que de antemano tiene prescritos la naturaleza. Pero la sociedad doméstica ¿ á cuál de estas dos clases corresponde ? ¿ Porqué ha de ser un contrato natural y no libre ó arbitrario ? ¿ Porqué ha de ser su causa eficiente la naturaleza, mas bien que la voluntad libre de los contrayentes ? ¿ Qué necesidad tiene la naturaleza de producir por sí, lo que puede ejecutar mediante este don precioso una vez concedido á los

mortales? ¿Cómo puede atribuirse á sí esta obra sin despojarnos de aquella libertad misma que nos entregó como la mas apreciable de sus dádivas?....

¿Ve vmd.; amigo mio, cuánta conexión tienen las verdades mas abstractas con el asunto que traemos entre manos?.... ¿Se persuade vmd. ya á que las distinciones, por nimias que parezcan, no lo son cuando se miran el órden á sus consecuencias?.... Repare vmd. tambien en órden con que vamos estrechando nuestras pruebas. La estructura, el cuerpo material de la sociedad doméstica, á pesar de las muchas indicaciones que presenta, no alcanzaba á suministrarnos de lleno la naturaleza, la causa que buscábamos; agregamos la reunion en una misma morada, en un instituto, en un fin y medios conocidos racional, pero separadamente, y aun no alcanzaba; llegamos á un conocimiento, á un convenio recíproco en procurar un mismo fin ó disfrutarle, y aquí fija ya la idea de sociedad; apareció tal, cual la apetecíamos. Nuevas dificultades, saliéndonos ahora al encuentro, nos conducen como por la mano á la investigación de las demás causas. Este convenio recíproco en un fin pide reunion de voluntades; estas no pueden convenirse, sin convenir antes los entendimientos. Ahora bien, estos pueden convenir de dos maneras; ó porque independientemente de ellos existe un objeto, cuya evidencia los une antes de toda comunicacion, ó porque inventado por uno, y manifestado á los demás, van voluntariamente reuniéndose hasta formar un consentimiento comun; y hé aquí el nudo de toda la cuestion. Si ante toda invencion humana, sin comunicacion, ni contestaciones, ni acuerdos de parte á parte, todo hombre lleva grabada en su mente la idea, el fin, los deseos de la sociedad doméstica, y probamos ser así, probaremos en el mismo hecho, que su causa *eficiente* es la naturaleza misma, y el convenio un *efecto* de esta causa, subordinado á fines y leyes independientes del arbitrio de los hombres; si nos probaren que no hay tales carneros, el campo es de sus mercedes. Vamos con la prueba.

El plan de esta averiguacion es tan sencillo como el de Daniel con los viejos de Susana: la naturaleza nos ha ahorrado el trabajo de separar á los hombres, y lo ha

hecho tan cumplidamente, que quien crea posible un convenio arbitrario entre todos ellos, con enviarlo á pie y descalzo á formar otro, conocerá prácticamente su desatino. Examinemos pues estos testigos, escuchemos las relaciones de viajeros, adictos por lo comun á la sentencia contraria, fijemos nuestra vista en cuantas naciones pueblan el globo, abramos sus historias, preguntémoslas por su sentir; todas nos presentarán sociedades domésticas con fines, bases, reglas, sentimientos tan universales, que ni aun imaginarse pueden obra del arbitrio de los hombres. Encontraremos variedades; pero las veremos llegar constantemente á un punto, donde la naturaleza toma la voz, y todos se convienen. Hallaremos absurdos, pero si los miramos atentamente, los veremos confirmar aquellos mismos principios de donde los aleja esta siniestra aplicacion. Tropezaremos quizá con monstruos, que no solo corrompan sino nieguen hasta las verdades fundamentales; pero su afan mismo en persuadir, ¿no acredita que no están enteramente persuadidos?.... Los resultados, las contradicciones, la division de ellos mismos, la inestabilidad de sus principios, todo confirma que el fuego cerrado en el seno no puede ocultarse; que los caracteres naturales solo se borran cuando la naturaleza misma se destruye. Sí, amigo mio, solo destruyendo la naturaleza pueden destruirse estas verdades, grabadas indeleblemente en el mas mínimo de sus individuos, unidas esencialmente con unos fines, con unos medios que el capricho ó la invencion no hubiera jamas establecido.

Pero cuidado no confundamos los extremos, y demos en tierra con todo el edificio que vamos poco á poco construyendo. Una cosa es sociedad doméstica en comun, otra muy distinta esta ó aquella en singular; la primera es obra de la naturaleza; esta segunda pide además un convenio ó pacto arbitrario: aquella comprende las ideas generales; esta es un particular contenido bajo ella, como en su género: aquella es siempre la misma; esta, expuesta á mil incidentes, sufre las alteraciones á que están sujetas las cosas humanas. Y para que vmd. vea que no son estas ideas metafísicas, ó adverbios inventados para huir el cuerpo á las dificultades, quiero con al-

gunos ejemplos poner en claro una distincion, cuya trascendencia vmd. mismo conocerá con el tiempo. Que toda sociedad doméstica consta cuando menos de hombre y mujer; que ésta debe estar subordinada á aquel, y ambos á los deberes que impone el matrimonio, son verdades naturales que comprenden á todos los casados. Ahora, que Juan se case con esta ó aquella: que la dote en esto, ó lo de mas allá; que los contratos señalen estas ó las otras condiciones, no es verdad natural, ni piensa en serlo; porque ninguna saca del vientre de su madre un letrado que exprese con quién se ha de casar. Pueden darse mutuamente calabazas; pueden no convenir en los tratados; puede darles una humorada la mañana misma de la boda, y salirse con una pata de gallo, que no acostumbra la naturaleza. Que todo orden debe tener votos y leyes; que debe haber ejércitos con cierto orden y reglas; que el fuego quema, son verdades óbvias y constantes; que yo sea ó no fraile, ó soldado, que el fuego quemé ó no quemé la casa de vmd., son cosas contingentes que penden del arbitrio; tan distintas de las primeras como conoce aquel que tiene ojos en la cara. En una palabra, las ideas universales son una cosa, y las singulares otra; la comprension de estas en aquellas unas veces es necesaria, otras contingente; pero por mas contingente que sea, una vez verificada, interin dura, no pende ya de nuestro arbitrio. Sancho Panza se casó libremente con su Teresa, pero una vez casado, las obligaciones, la esencia, los fines y deberes del matrimonio no son obra del convenio, ni están á los alcances de su capricho. Que yo entre ó no entre en Religion, siente ó no siente plaza, pegue ó no pegue fuego al pajar, me ajuste ó no para segar, pende de mi arbitrio y del convenio; pero que las religiones tengan reglas y cada una la suya; que la milicia tenga ordenanzas; que el fuego quemé, y el ajustado deba segar, no pende de convenios; que siendo fraile no viva como tal, que siendo soldado desierte, que aplicado el fuego á la paja la refresque, y llegado á la haza el segador se eche á dormir, no hay convenio que lo valga. De suerte que por mas disparates que hagan los casados, los frailes, los soldados, los segadores, aunque se repelen los primeros, y

vivan á su antojo los segundos, y deserten los terceros, y la trampeen como puedan los cuartos, se sigue que son unos perdidos, que no cumplen con sus obligaciones; pero solo un perdido como ellos concluirá que no las tienen, ó que el matrimonio es para pelarse, la Religion para vivir á su antojo, la milicia para desertar, el ajuste para dormir, etc. — Señor, que fue convenio, que sin él no hubiera tenido estas obligaciones. — Es verdad; pero las obligaciones en sí, la obligacion de cumplir lo pactado, no pende del convenio; así como el arrimar la leña al fuego es arbitrario, el que arrimada arda es natural. ¿Qué le parece á vmd., señor don Simplicio? ¿Son estós adverbios ó gerigonza de teólogos, ó verdades de Pero-Grullo tan claras como que á la mano cerrada le llaman puño? ¿No parece machaquería y tiempo perdido el aclararlos con ejemplos? Pues sepa vmd. para su gobierno, que aun no se han separado un tiro de bala del ejemplo, cuando llevan el zarpazo de muerte; y confundidas valen una India á don Roque y cofradía. Pero dejemos descansar á este señor en su cuarentena, y vamos haciendo nuestros acopios con cachaza; que á su tiempo veremos su provecho.

Un medio quieren las cosas, amigo mio, y este debe ser el fruto de las advertencias anteriores. El convenio mútuo es causa, es ingrediente de la sociedad; pero ni en tanta dosis que sea causa *eficiente*, ni en tan corta que sea *material* ó ninguna. El convenio puede ser causa eficiente, pero ni tanto que haga todas las sociedades, hasta las naturales, ni tan poco que no haga ningunas, y sean naturales todas ellas; el convenio puede entrar á la parte con la naturaleza, aun en la obra de la *sociedad doméstica*; pero ni tanto que tome su esencia comun, ni tan poco que sean naturales hasta las circunstancias mas menudas. De esta suerte ayudan unos á la naturaleza, y otros á la libertad, ni mas ni menos que creía haberle ayudado Dios cierto gallego. Iba á subir á caballo, y santiguándose antes, dijo: *Dios me ayusde*. Brincó tanto, que dió con su cuerpo en el otro lado, y tendido á la larga, decia: *ya me ha ayusdado demasiado*. Todos los extremos son viciosos, amigo mio, y apenas hay máxima mas importante que aquella de Horacio: *In vitium ducit*

culpa fuga, si caret arte. Cuando decimos que la causa eficiente de la *sociedad doméstica* es la naturaleza, no hablamos de esta ó la otra en particular, pues fuera de la de Adán, las demás bodas fueron siempre libres, ó deben serlo, y la naturaleza, aunque incline y haga su deber, no por eso es casamentera. No hablamos tampoco de la sociedad en cuanto es una idea abstracta, universal, sacada por inducción de los singulares; porque siendo estas ideas obra del entendimiento, este es sin disputa la causa eficiente de todas ellas. Hablamos sí de la sociedad en cuanto ante todo entendimiento humano, antes de toda boda, independientemente del entendimiento y de los singulares, aun despues que existen, tiene una idea, una materia, unos fines, unas reglas y bases fundamentales que se hallan en todos ellos; mas sin que el arbitrio ó la invencion los hayan colocado, sin que el arbitrio de los hombres pueda alterarlos sin destruir la idea universal ó salirse de allí, como sucede en las sociedades arbitrarias, donde todo se pone de casa, y en riñendo, ó no queriendo, *volaverunt*. Ello es, amigo mio, que existen estas reglas; que la naturaleza canta por boca de todos los singulares su existencia; que el pecho de cada uno las lleva escritas, por mas que trate de ocultarlas; que no solamente nos dice que existen, sino que existen antes de nuestras ideas, independientemente de nuestro arbitrio, dependientes solo de la naturaleza.

Ni perjudica ó sofoca por esto la naturaleza aquella libertad que nos habia concedido, segun se lamentan los desfacedores de tuertos y desencantadores de damas, cuyos tuertos ó encantos existen únicamente en la presuncion é ignorancia de su mollera. ¿No ve vmd., amigo, la conducta de una madre en la educacion de sus hijos? ¿Se contenta con haberlos criado y enseñado modo de vivir?..... ¿Les da todo el caudal de un golpe, aunque lo tenga? No señor; se les dá su dote para que sirva de pié, y en lo demás que trabajen; porque si no, se harán holgazanes, consumirán en cuatro dias la hacienda, y se hallarán sin ella y sin gobierno. Hé aquí pues la conducta prudente de esa madre próspera y universal de todos los vivientes. ¿Al pájaro le crió alguna

cámara ó acopio junto al nido? ¿Le colgó al lobo la presa junto á las narices. Les dió hambre, les enseñó á conocerla, les proveyó de padres interin se criaban, y luego anda y trabaja, que bastante he hecho. Hizo racional al hombre, grabó en su entendimiento una inclinacion natural á la verdad, é inspirándole una idea general de esta, haciendo resaltar necesaria y evidentemente los primeros principios, debilitó progresivamente la luz para que no errase en aquellos, y ejercitase su discurso en las consecuencias. Le hizo libre, y grabándole una idea é inclinacion necesaria al último fin, debilitó la luz, soltó los pasos de la voluntad en los medios, fijando de esta suerte un centro donde partiera siempre para evitar los errores, y dándole en lo demás cuerda para que usara de su libertad. Le hizo social, y mudando de conducta, ¿dejaría á su antojo los fines, las bases fundamentales de la sociedad?..... ¿Le enviaria como á Agar, sin mas agua que el pellejo de un *pacto* miserable en medio de tanta aridez, ni mas guia que á sí mismo, en una soledad tan vasta y despoblada?..... ¿Es esto destruir, perjudicar, violar la libertad, ó mas bien establecerla, guiarla y fomentarla?..... A nuestro medio, á nuestra regla, señor don Simplicio. Ni tan necesarios que todo vaya á punto de lanza, ni tan libres que cada cosa tire por su lado, ni tan inviolable la libertad que no tenga madre, ni tan próspera esta que saque la hija perezosa. La libertad es como las nubes, que de puro extendidas vienen á perderse: solo Dios se dilata sin debilitarse.

La *sociedad doméstica* tiene pues su esencia, sus fuerzas, sus reglas y principios generales, establecidos no por el arbitrio, sino por la naturaleza misma; y de este arbitrio no puede salir sin destruirse; tiene además su área, donde la libertad del hombre puede ejercitar sus fuerzas. Toda la dificultad está en dirigirlas bien, en frenarlas, en gobernarlas, de suerte, que sin disipar el caudal principal, aumentemos la luz y el aprovechamiento en su dispensacion, teniendo á la vista el fin de esta sociedad, y siguiendo las reglas ó camino que puede conducirnos á él. Véanos vmd. aquí conducidos como por la mano al conocimiento de la causa *final* y de las leyes de la sociedad.

Siendo esta obra de la naturaleza, y una de aquellas verdades cuyo conocimiento no fió al discurso, sino que ella misma grabó por sus propias manos en nuestro corazón, á poco que reflexionemos, hallaremos en nosotros mismos una solución pronta y exacta. Ni crea vmd. por eso, amigo mio, hallar una claridad tal, que se exprese y produzca en unos mismos términos por boca de todos los mortales. Es este un error origen de muchos otros en la materia; y así me irrita cuando diciendo alguno: estos zapatos están mal hechos, se le contesta *hágalos vmd. mejores*. Santo hombre, ¿digo yo que sepa hacerlos? lo que digo es que están mal hechos, y para eso basta tener ojos en la cara, y una idea aunque no tan exacta como la de un maestro, suficiente para conocer aquellos disparates garrafales que dan en rostro á todo el que no es una peña. Sin saber música conoce el mas lerdo el desconcierto: al oído solo se conocen los rasgos mas sublimes, y sin saber por qué, ni en qué consiste, sin acertar á explicarlo, tenemos allá un no sé qué, que discierne lo bueno de lo malo cuando llega á ser tan perceptible que alcance á la regla universal que nos concedió á todos la naturaleza. Aquí con nuestro caso. Pregunte vmd. uno por uno á los paisanos, ¿cuál es el fin del matrimonio? Cada uno saldrá con la suya, y aun ignorarán qué es fin muchos de ellos.... ni aun si le tiene. ¿Pregúntele vmd. si debe tener los calzones y mandar la mujer? ¿Pregunte vmd. á esta, si es lícito que la castigue su marido? Acérquese vmd. cuando riñen, y les oirá hacerse cargos de sus deberes mútuos con tanto tino, que el mejor legista los oirá con la boca abierta. ¿Quién los ha instruido? ¿Quién saca de su boca estas verdades?.... ¿El error ó el contraste de lo ocurrido con una ley que dormía, y que la necesidad y el calor de la riña saca como golpe de eslabon, de donde ni aun asomos de ella aparecian? Me acuerdo ahora de un lance que ocurrió con un obispo. Encontró este á un pastorcillo próximo ya al lugar á donde iba de visita. Le preguntó el acto de contrición, y el pobre se quedó con la boca abierta sin acertar á responder por mas veces que se lo preguntaba. Llegado á casa del cura, le preguntó si sabian sus feligreses la doctrina: contextó este

que sí, y reconvenido por el prelado con lo que acababa de ocurrir, ¿qué señas tiene, preguntó? — Rojillo era, contextó el prelado. — ¿El Rojillo? cabalmente es el que mejor la sabe, replicó el cura. Anda, sacristan, anda, tráemele aquí. Traen su Rojillo, y encarándose á él: ¿Con qué no has sabido el Señor mio Jesucristo? le preguntó el cura. Sí, señor, contestó inmediatamente el chico, el Señor mio Jesucristo si lo sé, verá vmd. como lo digo, y lo relató á renglon seguido. ¿Pues cómo no lo dijiste antes? Porque el señor no me lo preguntó, sino otra cosa que yo no sabia.... Entonces el cura con su sencillez: Diga V. S. I. que no sabe preguntar la doctrina, y no diga que mis feligreses no la saben. Vea vmd. aquí, amigo mio, una verdad sencilla, pero importantísima. Quisieran muchos que las verdades naturales salieran de los labios de todos tan idénticas como las pesetas de un mismo cuño, las mismas palabras, el mismo estilo, las mismas circunstancias.... Poco á poco, señores míos, eso es no saber preguntar á la naturaleza, no que ella no sepa responder. El oro no sale tan puro de la mina como del crisol; es necesario saberlo recoger y purificar, hasta dar con su brillo y su naturaleza, y esto pertenece á los maestros en el arte. ¿Quién, por varios que sean los talentos, no conoce desde luego que la sociedad conyugal tiene por fin la multiplicación de la especie? ¿Que la paterna se dirige á la conservación y educación de los hijos? Estos fines que arroja de sí misma la naturaleza de la sociedad, y que el talento mas rudo descubre fácilmente, ponen á todos en la mano una regla que debe nivelar infinitas resoluciones en lo sucesivo. Vemos por ejemplo, que el fin inmediato de la sociedad doméstica, no es el fin último del hombre: que, aun cuando sea superior en su línea, queda siempre subordinado á otros mas altos por quienes debe regularse muchas veces: que la naturaleza, al hacer social de esta suerte al hombre, no le impuso una obligación tan estrecha, que deba seguir á todos sus individuos, en todos tiempos, al través de cuantas circunstancias puedan presentarse. Por haber perdido de vista este punto interesantísimo muchos economistas y políticos de nuestros dias, han venido á formar de la sociedad una estatua de Nabuco, á quien deban

doblar la rodilla todos los derechos. En interviniendo un bien político, nada importa para ellos que la Religión, la moral, la justicia, los derechos mas sagrados reclamen su lugar. ¿Con qué descaro no se presenta al celibato eclesiástico como una violacion del derecho natural, que prescribe la sociedad conyugal, ínterin dura este argumento, y que cede su lugar al arbitrio ó pacto en acordando con este consejo de la Iglesia?..... ¿Cuánto se ha declamado contra el monacato como trasgresor de los mismos derechos, y ajeno del carácter social del hombre, por aquellos mismos que llaman su estado natural el de salvaje?..... ¿Cuánto no se ha censurado la continencia conyugal de muchos santos, canonizada y celebrada por la Iglesia con razon?..... Y ¿qué son todos estos á la luz de aquellos principios, sino sofismas indignos de la atencion de un mediano filósofo?..... ¿Qué son sino fruto de un corazon donde la incontinencia y la incredulidad borrarón la creencia de unas verdades, en las que descansaban prácticas tan recomendables? El hombre fué criado para propagar su especie en la sociedad conyugal. Todo sér tiene la misma obligacion. ¿Por qué pues comemos tantas semillas y animales, impidiéndolas el cumplimiento de esta ley? ¿Qué el servicio del hombre, la subordinacion de aquel fin á este nos autoriza este dispendio; y el de Dios, el de nuestra alma, el de la sociedad misma no pueden autorizar aquellos?... ¡Almas rateras! ¡error inconsiguiente! ¡Condenaste en otro tiempo las bodas, y condenas hoy el celibato! Así se burlan de la ley natural unos sistemas que no reconocen mas ley que su capricho, ínterin la Iglesia caminando invariablemente por los mismos pasos, señala los fines, y determina conforme á ellos reglas no menos adaptables á sus luces que á las de la naturaleza. He querido detenerme á manifestar á vmd. en esto un material donde se oculta artificiosamente el error para asaltar á la Religión, y despojarla de mil verdades importantes.

Cuanto llevamos dicho de la sociedad en comun, y de la doméstica en particular, está pidiendo cierto orden, sin el cual sería en vano todo lo demás. La misma naturaleza, al poner á la vista esta sociedad, nos descubre ya el origen de una desigualdad, cuyos caracteres preten-

den en vano borrar tantos observadores suyos por mal nombre. ¿Quién al ver la estructura, la debilidad, la timidez de la mujer, no descubre la inferioridad y sujecion al otro sexo, indicada por la naturaleza misma?..... El origen, la necesidad, la ignorancia, la perfeccion tarda y dilatada, ¿no son, para explicarme así, otras tantas trabas con que la naturaleza va aumentando progresivamente los beneficios de parte de los padres, y empeñando mas y mas la subordinacion, la gratitud y reverencia de los hijos?..... ¿Porqué no oyen aquí al derecho natural condenando su igualdad quimérica, tantos abogados suyos en materias, que ni aun se digna de indicar?.... ¿Porqué no contemplan aquí al padre, como un pequeño rey, coronado de mano de la naturaleza, adornado de una potestad capaz de suplir sus veces, y llevar adelante sus designios?..... Vea vmd., amigo mio, cuanto mas consiguiente va nuestra filosofía. La sociedad es una reunion de muchos racionales que se dirigen de comun acuerdo á un fin; luego deben conocerle igualmente que los medios. Si estos fueran iguales é inconexos, como los ródios caminan al centro, bastaba este conocimiento. Pero siendo muchos, desiguales, subordinados, y de no fácil alcance todos ellos, además del conocimiento del fin, debe conocer cada uno el medio, la parte, el lugar que le corresponde. Porque si en un concierto el violinista sopla, y el bajonista rasca, por mas conocimiento que tengan de la tocata, la música será como la de los animales, y tan ratonera como muchas políticas del dia. Con que siendo muchos, necesitan conocimiento del fin; y siendo diversos necesitan á mas conocimiento del medio que á cada uno corresponde. ¿Y si son libres?..... Necesitamos además que quieran; porque el mejor músico si es loco, como suele acontecer, y se le empareja no cantar, nos dejará con un palmo de narices á mitad de la funcion. Vamos recopilando: con que necesitamos conocimiento y voluntad del fin; conocimiento y voluntad del medio que á cada uno corresponde, de suerte que cada uno guarde el suyo, y no se meta en el ajeno, y de lo contrario no hay sociedad; y si la hay, vale mas que no la hubiera; porque como decia un sabio muy antiguo, *melius est...* y no faltan casados que le respondan amen en

nuestros días. Pues ahora bien : el conocimiento y voluntad del fin y medios en los seres inanimados, son de cuenta de la naturaleza, y por eso dura tanto el concierto ; en los brutos sucede lo mismo á excepcion de un corto vislumbre del fin, que llamamos aprehension ; pero tan limitado, que no pasa á los medios, y así corriendo estos aun de cuenta de la naturaleza, siguen constantes á excepcion de una corta variedad. En el hombre la naturaleza pone el conocimiento y voluntad del fin, señala ciertos principios naturales, y lo demás queda al arbitrio de cada uno, y aquí entran los trabajos : porque como no todos tienen la perspicacia necesaria para conocer la verdad á tanta distancia de los principios ; como la luz natural se propaga como la corporal, debilitándose progresivamente ; como los ojos del alma participan de las alteraciones de la voluntad y partes inferiores, como esto de mandar nadie lo escupe, y esto de trabajar nadie lo traga, como todo cansa y cada uno cree el mejor el destino ajeno, tiene vmd. una danza donde unos por ignorancia, otros por malicia, ninguno querrá hacer lo que le toque ; y así es necesario quien reparta los papeles, quien enseñe el suyo al que le ignore, quien vele sobre su desempeño y aun obligue á él ; en una palabra, quien presida, gobierne, y mantenga el orden ; y cate vmd., amigo mio, la necesidad de una potestad en la sociedad doméstica, sin la cual materia, forma, fin y todo lo demás se lo lleva la trampa en pocas horas. Quitados por la justicia original éstos inconvenientes, la potestad paterna hubiera venido á ser una dignidad de catedral, cuyos trabajos cesaron quedando solo el honor ; pero la banca rota del pecado original, dejándonos *in puris*, y aun tocando al pellejo del pobre Samaritano, hizo necesaria de nuevo esta potestad en todo su rigor ; y vea vmd. aquí en qué sentido hablaron los padres cuando hicieron al pecado autor de la potestad : sentido de que abusaron siempre unos errores tan presumidos y sediciosos como ignorantes. Me detendria con gusto á indicar otros varios puntos relativos á esta sociedad, y extraviados no poco en nuestros días ; pero como mi ánimo es dar á vmd. un paseo general por la sociedad civil, presentándole sus verdades fundamentales, é indicándole al paso aquellos deslices

que tienen una conexon inmediata con nuestras tareas posteriores, cortaremos aquí este hilo, y nos trasladaremos ya á la sociedad civil, objeto principal de nuestras observaciones.

Al entrar en una cuestion, en que la naturaleza anda mas recatada que hasta aquí, en que los errores son mas comunes y trascendentales, conviene recordar, amigo mio, la distribucion que dejamos establecida entre la sociedad en comun, y aquellas circunstancias ó agregados particulares, que la acompañan en su individuacion. Dejando estas á un lado por ahora, vamos á considerar la sociedad civil como una idea universal estampada en todos sus individuos, y abstraída de ellos por el entendimiento humano libre de pasiones ó sistemas, y deseoso únicamente de hallar la verdad en materia tan interesante.

Que la sociedad civil fluye de la doméstica como de su origen, es una verdad que indica cuánto acabamos de observar tan detenidamente. Todos los conatos de la naturaleza los hemos visto enderezarse á este fin, á multiplicar una especie social, y formar un semillero de donde se deriven otras sociedades. Pero esta derivacion puede hacerse de dos modos ; y vea vmd. aquí, si no me engaño, la raiz de toda la discordia, y aun de infinitos extravíos en esta cuestion célebre. Un ejemplo nos facilita la claridad necesaria para explicar y entender esta diferencia. Las cortezas de un árbol no solo nacen de él, sino que endurecidas, y cubiertas de otras nuevas cada año, permanecen incorporadas, se nutren con los mismos jugos, son animadas de la misma virtud vegetativa, están sujetas á las mismas leyes ; en una palabra, aumentan al mismo todo pero sin variar la especie ni constituir otro diverso. Las semillas producidas por el mismo árbol van formándose poco á poco ya en el caliz de la flor, ya dentro del fruto, hasta que seco este, ó desprendido del tronco, se separan con él, y vienen á formar otros diversos. Que las semillas, interin se forman y permanecen unidas al árbol, son partes suyas como la corteza, y por consiguiente sujetas al mismo orden, leyes, etc. ; que desplegada con el tiempo su virtud, producirán nuevos árboles de la misma especie y propiedades ; que á pesar de su separacion conser-